

mero de mis queridos hijos se aumenta á mi alrededor. ¡Los amo tanto!—añadía—¡amo tanto á estos hijos queridos!»

Amable por ternura y por virtud, lo era también por principio, por esa convicción profunda de que no se puede hacer bien á los hombres sino á fuerza de dulzura. Abundaba en comparaciones y en figuras para explicar su pensamiento. «Sed siempre lo más dulce que podáis—decía á un Obispo joven,—y acordaos que se cojen más moscas con una cucharada de miel que con cien barriles de vinagre. Si se peca en algún extremo, que sea por la dulzura. El azúcar jamás echa á perder la salsa.» (1). Y á otro que fácilmente usaba de palabras vivas, reprensiones y asperezas: «Todo por amor—le decía sin cesar,—nada por fuerza.» Tenía siempre en la boca esta grande y admirable máxima: «Que es menester tratar con los espíritus del mismo modo que lo hacen los ángeles, por medios amistosos y sin violencia (2); que es menester atraerlos á la manera de los perfumes que no tienen más medio de atraer que la suavidad; y la suavidad—decía,—¿cómo podrá atraer sino suavemente? (3). Citaba un ejemplo adorable: era el de Jesús, Soberano sacerdote, que se mantiene á la puerta de los corazones, instando dulcemente que se le abra sin forzar jamás la cerradura. *Ecce esto ad ostium, et pulso* (4).

No por esto negaba absolutamente que no hubiese casos en que fuese útil el vituperio y la reprensión, pero quería que nada hubiese en esto de humano, de impaciencia ó imperio, nada que no estuviese embebido en dulzura y caridad. «¿Qué cosa más amarga que una nuez verde?—decía—y sin embargo, confitada es dulci-

- (1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 4.
- (2) *Carta á Santa Juana Francisca*, 14 de Octubre de 1604.
- (3) *Tratado del amor de Dios*, lib. II, cap. 12.
- (4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. II, pág. 36.

sima de todo punto. Así, la reprensión es áspera por naturaleza, pero confitada en dulzura y cocida en el fuego de la caridad, es cordialísima, amabilísima y deliciosísima (1)». Decía muy á menudo: «Que para las ensaladas buenas, se necesita más aceite que sal y vinagre (2).»

Cuando se examinan las cosas por encima en lugar de penetrarlas con la reflexión, se cree fácilmente que la dulzura es parte de debilidad; pero nada menos que eso. Los violentos son los que en verdad son débiles y ceden á los demás porque no saben dominarse á sí mismos. «Bienaventurados los mansos—dice Jesucristo—porque ellos poseerán la tierra.» San Francisco de Sales era de esta clase, y nada era en él tan notable como esta unión de dulzura y fortaleza. «Si tenía atractivo para hacerse amar—dice el Ilmo. Camus,—no tenía menos fuerza para hacerse no temer, pero sí respetar; pero el respeto que inspiraba estaba tan lleno de amor, que muchos se estremecían en su presencia, no tanto por miedo de desagradarle (porque no le desagradaban ni aun los más importunos y descorteses), cuanto por temor de no agradaarle bastante (3)» «Su dulzura le daba tal ascendiente sobre todos los espíritus, que todos los subyugaba (4).»

Cosa admirable, en efecto, aunque poco notada. El dulcísimo San Francisco de Sales tuvo el cargo de dirigir á las almas más ardientes de su siglo; durante muchos años fué director de la joven Abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld, uno de esos caracteres indomables que se quiebran, pero no se doblan; tuvo bajo su gobierno durante largo tiempo á la señora de Chantal, á las señoritas de Brechard y de Favre, tan firmes,

- (1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 5.
- (2) *Idem id.*
- (3) *Idem*, t. III, pág. 142.
- (4) *Idem id.*

tan resueltas y tan impetuosas en su voluntad; siempre las llevó, y nunca fué llevado por ellas. Jamás se quedaron estas grandes almas de la debilidad de su santo director, y si alabaron y exaltaron su perfecta firmeza.

«En cuanto á mí—escribía la Madre Angélica,—la más altiva de todas, os declaro que nunca me ha parecido blando el Ilmo. de Ginebra, como muchos creen que es (1).» No hay más que abrir sus escritos ó sus cartas: ¿qué encontraréis en unos y otras, bajo aquellas comparaciones tan dulces y aquellas imágenes tan agradables? El cristianismo varonil bien enseñado, indicadas las máximas de mayor crucifixión para la naturaleza, y á veces sacrificios brillantes y heroicos exigidos á las almas que dirigía, y á quienes quería vigorosas y fuertes.

Este contraste de virilidad y ternura era tan notable, que el mismo San Francisco de Sales se maravillaba. «Es muy particular—decía—creo que no hay nadie en el mundo que ame con más cordialidad y ternura, y para decirlo de una vez y con franqueza, más amorosamente que yo, y aun me excedo algo en las palabras y dilección, sobre todo á los principios... y no obstante, me gustan las almas independientes y firmes; porque la demasiada ternura turba el corazón y le inquieta y distrae en la oración. ¿En qué consiste que sienta yo de ese modo, siendo, como soy, lo más afectuoso del mundo? Y sin embargo, así lo siento; pero es maravilloso el cómo puedo yo juntar todo esto.» (2)

Pero, por otra parte, no es esta la sola armonía que existía en la grande alma de San Francisco de Sales, donde, por el contrario, abundaban las armonías. Es bien notorio el celo que le devoraba; convirtió setenta y dos

(1) *Memorias de la Madre Angélica*, Véase también la carta á su sobrino el Sr. Le Maistre.

(2) *Cartas de San Francisco de Sales*, edición antigua, libro VI, carta XXIII.

mil herejes, y hubiera ido al fin del mundo por ganar una sola alma; y no obstante, había en este santo Prelado algo que llamaba más la atención que este celo, y era su invencible paciencia, su dulcísima condescendencia en el gobierno de las almas. Poseía en el más alto grado el arte, que es el arte soberano en todas las cosas, y el secreto para salir bien de todo: el arte de saber esperar. Convencido de que sucede con la virtud lo que con la aurora, que crece lenta é insensiblemente, su método era trabajar poco á poco, á paso de tortuga, teniendo cuidado de no adelantarse á la gracia, y practicar para esto aquella divisa que tanto le gustaba: apresurarse lentamente y adelantar paso á paso. Se sonreía con amabilidad al oír hablar de ciertos directores muy jóvenes ó muy vehementes, que ignorando esta ciencia divina de la paciencia, ahogan, por decirlo así, á las almas, llevándolas demasiado á prisa. Se servía de una comparación muy graciosa, según su costumbre, para expresar sus ideas. «Un director—decía—se parece á un ama de cría, ó á una madre: es menester que se haga pequeña con sus hijos pequeños; que ande á pasitos con ellos; que los lleve en sus brazos en los malos pasos; que los ponga en el suelo algunas veces, pero que no se enfade con sus caídas ni se impaciente por su lentitud; y sobre todo, que tenga cuidado de que no corran antes de que tengan fuerzas para ello.» Todo esto lo comprendía el Santo maravillosamente, y lo practicaba de una manera encantadora; y esto es lo que hacía de él uno de los directores más santos y singulares que el cielo ha dado á la tierra.

San Francisco de Sales tenía aún otro encanto que, unido á los demás, acababa de seducir á cuantos le rodeaban. Era franco. «Os diré una palabrita, y palabrita de amigo, y al oído, pero al oído del corazón—decía un día;—no sé absolutamente el arte de mentir, ni de disimular, ni fingir con destreza, lo que es el gran ins-

trumento y el principal resorte para el manejo de la política. Procedo de buena fe, á la antigua francesa; lo que tengo en los labios, es justamente lo que hay en mi pensamiento. No sé expresarme con dos corazones; aborrezco la simulación como la muerte.» La sagacidad, que era muy grande en él bajo su apariencia de sencillez, jamás impidió á sus labios ser tan sinceros como su corazón; se descansaba tranquilamente en una sola de sus palabras, porque se sabía que era una palabra franca y verdadera.

Pero todas estas cualidades tan amables y tan raras, no hubieran podido hacer de San Francisco de Sales un tan perfecto director, si su corazón hubiera sido frío y seco. ¿Cómo se ha de dirigir á las almas si no se las ama? ¿Cómo, sobre todo, consolarlas? Porque dirigir á las almas, ¿qué es frecuentemente sino consolarlas y animarlas? Felizmente, como ya conocerán nuestros lectores, este era un rasgo de los más expresivos de esta hermosa alma. ¿Qué alma fué más sensible? ¿Qué corazón más tierno y afectuoso? San Vicente de Paúl se extasiaba contemplándole. «¡Oh, cuán bueno debe ser Dios—exclamaba—cuando el Ilmo. de Ginebra es tan bondadoso!» Abranse sus cartas... ¡Qué caudal de ternura contienen! Una madre no ama más á sus hijos que lo que amaba San Francisco de Sales á sus hijos espirituales. Si alguna de las almas entregada á su dirección tenía una pena, si sabía la muerte de un pariente, de un amigo, lloraba á todo llorar, sollozaba tiernamente aun en medio del Santo Sacrificio, y temiendo escandalizar, pedía perdón con una gracia encantadora diciendo que Dios le había dado un corazón tan débil que no podía contenerse. No podemos resistir al deseo de citar un ejemplo de esto. Cuando nuestro San Francisco de Sales perdió á su anciano ayo, el Sr. Déage, Canónigo de su iglesia, cuenta el Ilmo. Camus, que la primera Misa que dijo por este querido difunto fué entrecortada

con mil suspiros, que manifestaban lo que sentía su muerte; pero cuando llegó el Padrenuestro que se dice después de la consagración, tuvo que detenerse por la abundancia de lágrimas que le ahogaban, y estuvo largo tiempo sin poder dejar de llorar. Al fin, haciendo tregua con sus ojos, acabó la Misa, abismado en profunda tristeza. El capellán que le confesaba ordinariamente, temiendo que la melancolía perjudicase á su salud, le acompañó á su cuarto, y viéndole á solas con él, quiso decirle algunas palabras de consuelo: «¡Ay!—le dijo el Santo,—esa alma está bien donde está. ¡Oh sí, no quería volver aquí! Está entre los brazos y en el seno de la misericordia de Dios, donde descansa, como San Juan, en el pecho amoroso de Jesucristo. ¿Pero queréis saber lo que me ha hecho llorar tanto cuando llegué al Padrenuestro? ¡Ay! es que me acordé que este buen hombre fué el primero que me enseñó á rezarlo (1).»

Estos afectos tan tiernos, sinceros y profundos eran al mismo tiempo muy elevados, porque miraba á todas las almas en el Corazón de nuestro divino Salvador. «¡Ay!—decía—el que las ve fuera de este nido, corre riesgo de no amarlas, pura, constante é igualmente. Pero en este Corazón, ¿quién no las amará? ¿Quién las encontrará fastidiosas? ¿Quién no tolerará sus defectos? ¡Oh, sí! estas almas están en el pecho del Salvador, donde están muy queridas, y son tan amables, que el esposo se muere de amor por ellas.»

Añadiremos, para concluir, que á un afecto tan tierno, y al mismo tiempo tan puro para con las almas, juntaba un admirable desasimiento de las personas, una perfecta vigilancia en sus palabras, miradas y conducta, sobre todo con las mujeres de que estaba rodeado, con las cuales tenía tal reserva, que jamás las recibía sin tener la puerta del cuarto entreabierta; las hablaba

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, tomo I, pág. 338.

sin mirarlas, y las miraba sin verlas, de suerte que después que se habían ido, no hubiera podido decir cómo eran. Un día se hablaba de una de sus parientas, notable por su belleza. «Verdad es, dijo el Santo, que la he visto muchas veces, pero os aseguro que aún no la he mirado.» Y preguntándole el Ilmo. Camus cómo se podía ver á las personas sin mirarlas, sorprendido un poco el Santo, y avergonzándose por haber descubierto su virtud, «mirad—dijo,—á vos os he visto y mirado muchas veces, pero mi parienta es de un sexo al que es menester ver sin mirar, es decir, superficialmente y en general, y solamente lo necesario para saber que se habla con una mujer.» Otro día, hablando de una persona célebre por su hermosura, San Francisco de Sales dijo que era muy especiosa. «¿Y por qué emplear la palabra especiosa?—dijo el Ilmo. Camus.—Será palabra saboyana, porque francesa no lo es.—No es—respondió el Santo—ni francesa, ni saboyana, pero es muy eclesiástica.—Bien—replicó el Ilmo. Camus—pero ¿los eclesiásticos habrán de desollar así los idiomas?—No—dijo el Santo,—pero cuando hablan de este sexo, me parece que las palabras hermoso, hermosa, hermosura, no sientan bien en su boca, porque en algún modo acusan el juicio formado por sus ojos, y por tanto sería muy á propósito moderarlos, y usar de términos más modestos.» «Por esto puede juzgarse—exclama el Ilmo. Camus—de la pureza de las palabras, miradas y pensamientos de este bienaventurado, verdaderamente santo de cuerpo y de espíritu.»

En fin, no olvidemos, para concluir este retrato de San Francisco de Sales, mirado como director, el hablar de su inmenso amor á Dios; de aquella unión tan íntima con nuestro Señor, que ponía su rostro inflamado y ardiente con sólo pronunciar ú oír su nombre santísimo; aquella devoción tan tierna, tan sencilla, tan afectuosa, é iba á decir tan infantil, si no supiera cuánta seriedad,

profundidad y heroicidad encerraba. Pudo decir con toda verdad: «Si yo conociese en mi alma un solo hilo de afecto que no fuese de Dios, en Dios y por Dios, me lo arrancaría al momento, y más quisiera no ser, que no ser del todo de Dios, sin reserva ninguna.»

Cuando las almas llegan á tan alto grado de vida interior, hasta en su misma figura se ve brillar alguna cosa que llamaríamos divina, porque es, como si dijéramos, algo de la fisonomía de Jesucristo, una copia que no puede mirarse sin pensar en el original; y esto es lo que se notaba en San Francisco de Sales. Todos los que se le acercaban se sentían conmovidos, como si hubiesen visto á Jesucristo. San Vicente de Paúl decía claramente que el bienaventurado Obispo de Ginebra era la más verdadera y fiel imagen del Salvador que en aquel tiempo existía sobre la tierra (1); y nuestra misma Santa Juana Francisca, sobrepujando á los demás en entusiasmo, con qué ardiente acento exclamará un día: «¡Oh Dios mío! ¿me atreveré á decirlo? Sí, lo diré; me parece que nuestro bienaventurado Padre era una imagen viva en que estaba pintado el Hijo de Dios, Señor nuestro. Porque verdaderamente, el orden y la economía de esta santa alma era toda sobrenatural y divina. Muchas personas me han dicho que cuando miraban á este bienaventurado, les parecía ver á nuestro Señor en la tierra.» (2)

Tal era el santo personaje que Dios había preparado para guiar á la señora de Chantal por los elevados caminos que había de recorrer. Dos hombres, pues, tuvieron y recibieron la misión de formar esta grande alma, y prepararla para sus destinos sublimes: el Presidente Fremiot y San Francisco de Sales. Salió de manos del primero, fuerte, ardiente, capaz de sacrifi-

(1) *Éspiritu de San Francisco de Sales*, tomo I, pág. 250.

(2) Carta al Rdo. P. D. Juan de San Francisco.

cios y de heroísmo. La veremos en manos del segundo templar y endulzar algo su carácter enérgico con algún exceso, debido tal vez á la educación paternal, doblegarse por obediencia, transformarse por humildad, revestirse de dulzura y de gracia, y llegar, en fin, pero no sin trabajo, á ese ideal de la mujer cristiana, de que aún está algo lejos, á pesar del brillo radiante de sus treinta primeros años.

A principios del año 1604, adonde nos ha conducido la relación de esta historia, aún no se conocían San Francisco de Sales y la señora de Chantal. Casi no había oído ésta el nombre siquiera del bienaventurado, y de seguro el santo Obispo ignoraba de todo punto el de nuestra Santa. Vivían á doscientas leguas de distancia, destinados, sin saberlo, á la misma obra; hechos, por consiguiente, uno para otro, y llevando en sus almas esas diferencias de carácter y esas armonías de corazón que son la señal y las condiciones de las sólidas uniones.

Evidentemente, estas dos hermosas almas no son de una misma familia. Diríamos que San Francisco de Sales pertenece á la familia tierna y afectuosa de San Juan, de San Ambrosio, de San Francisco de Asís, de San Buenaventura, de Fenelón; Santa Juana Francisca, al contrario, es de la fuerte y ardiente familia de San Pablo, de Santo Domingo, de San Ignacio, de Santa Teresa y de Bossuet. Sea lo que quiera, la diversidad de naturaleza y de carácter es evidente; se deja ver aun en su estilo. San Francisco de Sales es florido, abundante, anda por medio de figuras, emblemas y comparaciones, jugando entre flores. Santa Juana Francisca, al revés, escribe de un modo firme, severo y sin colorido; pero vivo, ardiente, y tan varonil, que admira en una mujer.

Pero aquí concluyen las diferencias; en todo lo demás sólo se ven armonías; en uno y otra la misma ele-

vación de espíritu, la misma nobleza de sentimientos, la misma grandeza de alma. En uno y otra también, los mismos ímpetus fervorosos de amor á Dios, el mismo horror al mal, el mismo desprecio de todo lo que pasa, el mismo deseo de las cosas eternas.

Y lo que es muy digno de notarse, es que á pesar de estas diferencias aparentes, en el fondo se ven los mismos sobrenaturales caminos. San Francisco de Sales se santificó poniendo fortaleza en su dulzura; Santa Juana Francisca se santificará poniendo dulzura en su fortaleza; y después de concluida esta obra íntima, los dos, de común acuerdo, trabajarán en fundar para servicio de la Iglesia una obra pública, cuyo carácter distintivo será la dulzura en la fortaleza y la fortaleza en la dulzura.

Ya hacía algunos años que San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca trabajaban con ardor, pero aisladamente, en la primera obra, y la adelantaban, aunque no igualmente. Uno y otra eran cada día más humildes y mortificados; más desasidos del mundo y de sí mismos; puros los dos como ángeles, entraban ya en esos resplandores y divinos ardores de que quiso Dios dar una idea á San Vicente de Paúl, haciéndole ver á estas dos almas santas bajo la figura de dos globos de fuego. Adelantada ya esta primera obra, era tiempo de que empezase la segunda, y que al efecto se conociesen San Francisco de Sales y la Venerable sierva de Dios, siendo Dijón el lugar escogido por la Divina Providencia para su primera entrevista.

En su consecuencia, el 3 de Agosto de 1603, el alcalde de Dijón, obedeciendo, sin saberlo, la orden de Dios, reunió el concejo de la ciudad, y propuso se convidase al Obispo de Ginebra para que viniese á predicar la Cuaresma en la santa capilla de Dijón (1). Al

(1) 13 de Agosto de 1603. El señor alcalde dijo que si agradaba al

recibir esta invitación, tuvo el Santo Obispo tan vivo y claro sentimiento de la voluntad de Dios, que por más que sus amigos, y aun su mismo director, quisieron disuadirle de que aceptase (1), se apresuró á responder al alcalde de Dijón, diciéndole «que estaba decidido á vencer todos los obstáculos y á deshacer todas las dificultades, antes que dejar de llegar á Dijón el día que le señalaba (2).»

Al mismo tiempo, el Presidente Fremiot, sabiendo cuánto se alegraría su hija de oír á un Obispo de tan gran reputación de doctrina y santidad, la escribió dándole esta noticia y convidándola á venir á Dijón.

La Santa llena de gozo con sólo pensar los hermosos sermones que podría oír durante la Cuaresma, hizo al instante sus preparativos de viaje, y en los primeros días de Marzo de 1604 los dos Santos salían, uno de

---

Ayuntamiento que el Sr. Obispo de Ginebra, que es persona muy docta en Teología, predicara el Adviento y Cuaresma próxima, daría con mucho gusto los pasos para ello. Se concluyó aprobando se suplicase al Sr. Obispo viniese al efecto. (*Registro de los acuerdos del Concejo de la ciudad. Archivos municipales de Dijón.*)

(1) «Ya sabéis—escribía un día San Francisco de Sales—lo que os dije de mi viaje á Dijón, el cual hice contra el parecer de todos mis amigos, pero sobre todo de aquel á quien debo tener más deferencia (el P. Rector de Chambéry), quien, con un gran celo por mi bien, quiso detenerme. Pero este gran Dios, en cuya presencia deseaba yo hacer lo más recto, me instaba de tal modo para este bendito viaje, que nada me pudo detener. (*Carta de San Francisco de Sales á Santa Juana Francisca*, edic. Mig., tom. V, pág. 559.)

(2) 26 de Agosto de 1603. Se han leído las cartas escritas á la ciudad por el Rdo. P. en Dios Sr. Francisco de Sales, Príncipe Obispo de Ginebra, fechadas en Annecy, en las cuales ofrece venir á dicha villa (Dijón) para predicar en ella la próxima Cuaresma, excusándose por no poder hacer lo mismo en el Adviento. Se le responderá que se aceptan sus ofertas. (*Archivos municipales de Dijón. Acuerdo del Concejo de la ciudad.*) Durante largo tiempo conservó la villa de Dijón con noble orgullo esta carta de San Francisco de Sales. Hoy yace desconocida en el fondo de sus archivos, donde la mano de un docto amigo, el señor D. José Garnier, archivero del departamento de la Cote d'Or, nos ha proporcionado encontrarla. Damos el texto en los documentos justificativos, número V.

Annecy, en Saboya; la otra de Monthelón, en Borgoña, y se pusieron en camino para Dijón, obedeciendo cada uno de por sí á la mano invisible que los guiaba, no previendo ninguno las maravillas que se preparaban.

Vamos á contar estas maravillas; pero antes es menester detenernos y recogernos: la tierra que vamos á pisar es santa; desatemos los cordones de nuestros zapatos, es decir, purifiquemos nuestras almas, elevemos nuestros espíritus y nuestros corazones á la altura de los coloquios celestiales que vamos á oír, y de los grandes y dulces espectáculos que vamos á presenciar.

